

SAN MANUEL GONZÁLEZ

Misa de acción de gracias canonización

24 septiembre 2017 Catedral

El 16 de octubre del año 2016 el Papa Francisco canonizó a D. Manuel González García, sevillano, sacerdote de la Diócesis de Sevilla y, más tarde, obispo de Málaga y de Palencia. Fue el fundador de las Marías de los Sagrarios, conocidas como Unión Eucarística Reparadora, y de los discípulos de San Juan. En este día nuestra Iglesia de Menorca da gracias a Dios por la vida y el ejemplo de este gran Obispo y, de manera particular, por su extraordinario amor a la Eucaristía. Permitidme que dedique esta homilía a recordar su figura y su mensaje, que es siempre alentador.

1.- Sacerdote

Desde niño aquel pequeño seise sevillano deseaba ser sacerdote. Con 12 años ingresó en el Seminario, donde destacó por su deseo y decisión de ser sacerdote. Su sueño fue ser siempre y en todo sacerdote. Escribía más tarde:

«El sacerdote no tiene horas de sacerdocio como el empleado las tiene de oficina. Es sacerdote de día y de noche; en su casa y en la calle; en sus bromas y en sus seriedades; entre sus feligreses y entre sus amigos; entre sus negocios y en sus obras de celo. En una palabra, no es un hombre y un sacerdote, es esto sólo: un sacerdote» (Un sueño pastoral).

D. Manuel fue ordenado sacerdote el 21 de septiembre de 1901 por el Beato don Marcelo Spínola, Cardenal Arzobispo de Sevilla.

Poco después de ser ordenado fue enviado para predicar una misión popular a un pueblo de Sevilla, Palomares del Río (año 1902). Le impactó fuertemente ver la Iglesia sucia y descuidada y advirtió el abandono en el que se encontraba la Eucaristía. Allí, de rodillas ante el sagrario abandonado, ante Jesús Sacramentado, don Manuel González pensó en la cantidad de sagrarios abandonados que habría en el mundo, sintiendo fuertemente la necesidad de reparar ese abandono.

«Allí de rodillas... mi fe veía a un Jesús tan callado, tan paciente, tan bueno, que me miraba... que me decía mucho y me pedía más, una mirada en la que se reflejaba todo lo triste del Evangelio... La mirada de Jesucristo en esos sagrarios es una mirada que se clava en el alma y no se olvida nunca. Vino a ser para mí como punto de partida para ver, entender y sentir todo mi ministerio sacerdotal».

Esta vivencia marcó su entera existencia y misión. Más tarde escribiría:

«¡Ay, abandono del Sagrario, cómo te quedaste pegado a mi alma! Qué claro me hiciste ver todo el mal que de ahí salía y todo el bien que por él dejaba de recibirse!».

Toda su vida fue fiel a este carisma recibido en Palomares, poniendo a la Eucaristía como centro de su ministerio y de su vida.

Su primer cargo pastoral fue capellán del Asilo de las Hermanitas de los Pobres en Sevilla. A los cuatro años de sacerdocio, el Cardenal Spínola le propuso su traslado a Huelva como arcipreste. Era un campo apostólico difícil y comprometido, pero don Manuel no dudó: «—Yo voy volando a donde me mande mi Prelado».

Como párroco de San Pedro y arcipreste de Huelva trabajó al servicio de todos, preocupándose particularmente por las familias necesitadas y los niños, para los que fundó escuelas. En esta época escribió el primero de sus libros, “Lo que puede un cura hoy”. A lo largo de su vida escribió numerosas obras, siembre llenas del gracejo y la sabiduría de un excepcional párroco y catequista.

En este tiempo Don Manuel funda su primera revista de catequesis eucarística, llamada “Granito de arena” (1907), con un especial acento en la propagación del amor a la Eucaristía. Y funda la Obra de las Tres Marías de los Sagrarios-Calvarios (1910) para dar una respuesta de amor reparador al amor de Cristo en la Eucaristía, a ejemplo de María Inmaculada, el apóstol san Juan y las Marías que permanecieron fieles junto a Jesús en el Calvario. Pocos años después, en 1913, comenzaron en Menorca las Marías de los Sagrarios.

2.- Obispo de Málaga

Cuando tenía 38 años Don Manuel fue elegido por el Papa Benedicto XV para ser Obispo auxiliar de Málaga. Su consagración episcopal tuvo lugar el 16 de enero de 1916 en la catedral de Sevilla. Poco después de llegar a Málaga escribía:

«Yo no quiero ser el Obispo de la sabiduría, ni de la actividad, ni de los pobres, ni de los ricos. Yo no quiero ser más que el Obispo del Sagrario abandonado... A eso voy a Málaga y a dondequiera que me manden, a ser el Obispo de los consuelos para dos grandes desconsolados: el Sagrario y el pueblo. El Sagrario desolado porque se ha quedado sin pueblo, y el pueblo desolado porque se ha quedado sin Sagrario conocido, amado y frecuentado» (Aunque todos, yo no)

En esta época fundó los «Sacerdotes Misioneros Eucarísticos» (1918). Unos años después, en 1920 pasó a ser Obispo de Málaga. Al igual que en Huelva, potenció las escuelas y catequesis parroquiales, practicó la predicación callejera conversando con todo el que se encontraba de camino... y descubrió que la necesidad más urgente era

la de sacerdotes. Por esta razón emprendió la construcción de un Seminario, lugar pensado por don Manuel para que «desde el primer grano de tierra de la puerta hasta el remate de la veleta, todo enseñe gráficamente a conocer y amar a Jesús Sacramentado».

Su obra no quedó ahí. En 1921 fundó la congregación religiosa de «Misioneras Eucarísticas de Nazaret», junto con su hermana María Antonia, para ahondar en su entrega al pueblo y en su amor a Jesús. Fue también un gran difusor de la Adoración nocturna tanto en Málaga capital como en otros pueblos de la Diócesis. A sus sacerdotes, al igual que a los miembros de las diversas fundaciones que realizó, les propondrá como camino de santidad «llegar a ser hostia en unión de la Hostia consagrada», que significa «dar y darse a Dios y en favor del prójimo del modo más absoluto e irrevocable».

En mayo de 1931 una masa de gente azuzada quemó el Palacio Episcopal de Málaga así como la mayoría de templos y conventos de la ciudad. Don Manuel salió por la puerta trasera del edificio en llamas y marchó a Gibraltar, donde fue acogido por el Obispo local. Seis meses después viajó a Madrid, desde donde rigió la diócesis durante unos años (1932-1935).

3.- Obispo de Palencia

Finalmente, en agosto de 1935 fue nombrado Obispo de Palencia, un ministerio que desarrolló con verdadero amor pastoral durante los cinco últimos años de su vida. Enseguida se entregó a sus sacerdotes, cuyas duras condiciones de vida le causaron dolor. Se entregó a la catequesis de los niños, con la ilusión de que aprendiesen enseguida la vida de Jesús. Revitalizó el seminario, y atendió a los maestros, educadores del alma de los niños. También recorrió la provincia para encontrarse con todos sus diocesanos. En esta época soporta, Don Manuel el mayor dolor de su vida: la guerra civil española, y con ella el mayor número de sagrarios profanados, en toda la historia de España, según expresión suya.

En Palencia le sobreviene su última enfermedad. Fallece en Madrid, en el Sanatorio del Rosario, el 4 de enero de 1940. Y es sepultado en su Catedral palentina en la Capilla del Santísimo en donde hasta hoy reposan sus restos mortales bajo la inscripción sepulcral que él mismo dictó.

“Pido ser enterrado junto a un Sagrario, para que mis huesos, después de muerto, como mi lengua y mi pluma en vida, estén siempre diciendo a los que pasen: ¡Ahí está Jesús! ¡Ahí está! ¡No lo dejen abandonado!”

4.- La centralidad de la Eucaristía

El sello que marcó hondamente la vida de don Manuel y, en consecuencia, su personalidad, fue la Eucaristía. La Eucaristía dio razón y sentido a su vida.

«¿Jesús se ha hecho en el Sagrario Evangelio vivo? ¿Se reproducen en su vida eucarística las enseñanzas y los milagros de su vida mortal? Pues ved aquí la que queremos que sea primera ocupación de nuestro ministerio: predicar el Evangelio de la Eucaristía y predicarlo no sólo con la lengua, sino con la pluma, el ejemplo y de todos los modos que pueda ser predicado» (Artes para ser un apóstol)

Particularmente sensible al abandono de la Eucaristía y, en consecuencia, la necesidad de reparar ese abandono.

«Si la Eucaristía es el milagro de la permanencia perpetua de Jesucristo – escribió don Manuel–, el abandono de la Eucaristía es la frustración práctica de ese milagro, y con ella, la de los fines misericordiosos y altísimos de su permanencia».

Termino con otro pensamiento de D. Manuel, sobre la centralidad de la Eucaristía:

«Yo no puedo pensar qué sería un cristianismo sin Eucaristía, porque su Fundador no quiso que lo hubiera. Pero sí digo que el actual cristianismo todo es con, por y para la Eucaristía, y sin ella, no titubeo en decirlo, el cristianismo es nada, de tal modo que puede formularse esta regla cierta: a más frecuencia de Sagrario, más cristianismo; a menos Sagrario, menos cristianismo» (Aunque todos... yo no).

Si queremos que crezca la fe y la vitalidad de nuestras comunidades, sabemos a dónde dirigirnos. A más Sagrario, más fe cristiana habrá en esta tierra de Menorca.